

Palestina y la hora de Europa

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

El reconocimiento de Jerusalén como capital del Estado de Israel el pasado mes de diciembre por parte de la Administración Trump y el traslado de su embajada desde Tel Aviv están ahondando progresivamente las posiciones internacionales respecto del conflicto palestino-israelí. No sólo todos los países musulmanes han mostrado su rechazo a semejante medida, sino que a los pocos días fue aprobada una resolución en la Asamblea General de la ONU que declaraba “nula y fallida” dicha decisión. En realidad, la brecha entre Estados Unidos y la mayor parte del resto del mundo en esta cuestión es cada vez más profunda. A mí me interesa destacar aquí la perspectiva europea en este affaire, en especial la de la UE y sus miembros. Ya que la Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Federica Mogherini, ha mostrado su total disconformidad con esta disposición unilateral que, lejos de favorecer un entendimiento entre las partes, las aleja. Así se lo manifestó al mismísimo Netanyahu el pasado 11 de diciembre en Bruselas. Incluso en su reunión con los ministros de Exteriores de la Unión, el secretario de Estado británico para Europa y las Américas, Alan Duncan, le tuvo que recordar una obviedad: que Jerusalén Este no forma parte de Israel, tal como se recoge en el Derecho Internacional y en todos los documentos de Naciones Unidas.

Por otro lado, la postura de la Casa Blanca ha provocado que la Autoridad Nacional Palestina rechace desde ya a EEUU como actor neutral en la región capaz de poner sobre la mesa un plan de paz justo. En verdad, Washington nunca ha mantenido una postura equidistante, sino siempre proclive a Israel. Sin embargo, la política de Trump ha traspasado todas las líneas rojas y de ahí el rechazo a su intervención. Fruto de este posicionamiento ha sido que Mahmud Abás no recibiera al vicepresidente estadounidense Mike Pence en su viaje a Tierra Santa. Al contrario, coincidiendo con esta visita, el líder palestino se presentó en Bruselas para recabar el respaldo de la UE e instar al reconocimiento de Palestina como estado independiente. Algo que ya han hecho algunos países socios. En concreto, Malta, Chipre, Chequia, Eslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Polonia, que lo formalizaron antes de su ingreso en el club, y Suecia, que lo llevó a cabo en 2014. Por el momento este proceso está estancado, si bien los parlamentos de Reino Unido, Francia, España, Irlanda, Portugal, Bélgica, Italia, Luxemburgo y Grecia tienen solicitado a sus ejecutivos que den el paso. Paso que lo puede dar próximamente Eslovenia, que ha resuelto desmarcarse de una posición única de la UE en este terreno.

De todos modos, Abás no se fue de vacío tras su viaje a las instituciones comunitarias. Primero, a instancias del ministro de Exteriores de Francia, Jean-Yves Le Drian, se planteó la posibilidad de buscar un acuerdo de asociación con Palestina, a la manera del que tiene la UE con Israel. Ello supondría la consideración explícita de Palestina como país independiente. Por eso, la potencialidad de un convenio de estas características es enorme y una vía, entre otras, que merece la pena explorar. Y segundo, el 31 de enero la misma Mogherini se encargó de anunciar un nuevo paquete de ayudas a Palestina por valor de 42,5 millones de euros. De los cuales, 14,9 se destinarán a Jerusalén Este para preservar el carácter palestino de la ciudad, paliar la pobreza y abordar su preocupante deterioro socioeconómico. El dato, si nos fijamos, es fundamental, pues los mandatarios europeos vuelven a insistir en la necesidad de reconocer esa parte de la ciudad como capital del Estado Palestino. Pero, asimismo, la

noticia no fue casual, pues se produjo pocos días después de la intervención de Trump en Davos, donde dio por cerrado el tema de Jerusalén y amenazó con suspender toda la ayuda económica proporcionada a los palestinos. De hecho, Washington ya recortó a finales de año los fondos de la Agencia de la ONU para los Refugiados Palestinos (UNRWA). Volviendo al matonismo que le caracteriza, advirtió de la probabilidad de cerrar completamente el grifo si rechazaban la negociación. ¿Mas de qué negociación habla? No hay ningún plan sobre la mesa y el último, el de John Kerry, secretario de Estado con Obama, fue hecho saltar por los aires por Israel en 2014.

Por estas razones, y con el panorama actual, Bruselas debería tomar la iniciativa. El Estados Unidos de Trump no es de fiar y su inclinación hacia Israel es evidente, por lo que no sirve como árbitro imparcial. Es necesario que la voz de la UE se escuche alta y clara. Al fin y al cabo, éste es un problema que tiene, en gran parte, sus orígenes en la política llevada a cabo por las potencias europeas en la región desde finales del siglo XIX. Muchas de ellas han tenido y tienen grandes intereses en la zona, razón por la cual sería de agradecer una mayor implicación en este problema. Evidentemente, con una Theresa May con un pie fuera de la Unión y quizás de su gobierno y con una Merkel debilitada por las negociaciones con el SPD, únicamente se me antoja Macron como presumible impulsor de este supuesto. Ambicioso y atrevido, no le faltarían apoyos en y fuera de Europa. Especialmente, el Papa Francisco y Erdogan y Putin, llamados a jugar un papel determinante en la solución de los problemas de Oriente Próximo.

6 de febrero de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, 16 de febrero de 2018, p. 23